

ASPECTOS MENOS CONOCIDOS DE GABRIEL Y GALÁN

JESÚS GABRIEL Y GALÁN ACEVEDO

RESUMEN: Intentamos en este trabajo poner de relieve algunas características de la obra de Gabriel y Galán que pueden tener interés para sus estudiosos o simplemente para los lectores de su poesía. Otros aspectos más tópicos del vate salmantino son generalmente conocidos o están ya muy estudiados, como lo están también –aunque aquí creo queda todavía mucho por hacer– la investigación lingüística o literaria de su obra. Más modesto es nuestro objetivo: se trata de llamar la atención hacia aspectos de la personalidad y de la obra del poeta que han pasado más o menos desapercibidos para sus comentaristas y lectores y que, en mi opinión, tienen algún interés. Entre otros que podría, he seleccionado en esta ocasión cuatro temas que trato brevemente: la vena humorística del poeta, lo que llamo “pequeñas poesías” y poesías “descolocadas” del mismo y, en fin, las figuras femeninas de su obra lírica.

ABSTRACT: I am trying in this work to highlight some of the characteristics of the works of Gabriel y Galán which could be of interest to people investigating or simply readers of his poems. Other more topical aspects of his poets are generally well known or already studied, as is also –though I believe there is still much to do– the linguistic or literary investigation of his wors. My objetive is more modest: I try to call attention to aspects of his personality and the parts of his work more o less on noticed by reviewers and readers and which, in my opinion, have some interest. From the many I could have chosen, I have selected on this ocasion four themes which briefly treat: the humoristic view of the poet, that I have called “little poems” and “untidy” poems, and finally the feminine characters of his lyrical works.

PALABRAS CLAVE: Poeta / humor / pequeñas / descolocadas / femeninas.

Voy a hablar hoy de aspectos menos conocidos de Gabriel y Galán, y digo menos y no desconocidos para no equivocarme porque, entre gente medianamente culta, seguramente no hay muchos a quienes sean ajenos los rasgos más generales de la vida del poeta o desconocidos sus triunfos literarios en los Juegos florales de Salamanca y otros, o no hayan leído u oído recitar poemas como *El Cristu benditu*, *El ama* o *El embargo*.

Esto, en efecto, parece improbable, pero quizá no lo sea tanto considerar la faceta de un Gabriel y Galán festivo y satírico, o fijar la atención en lo que llamo “pequeñas poesías”, o poesías “descolocadas” del vate; quizá hay, finalmente, quien no se ha detenido en las figuras femeninas de sus poesías.

Pues bien, de estos aspectos voy a tratar ahora, aunque brevemente, en un intento de colaborar en la difusión del perfil poético de Gabriel y Galán, en este primer centenario de su muerte.

* * *

Creo que de la personalidad del poeta se conoce, dicho en dos palabras, su firme fe religiosa, su formación tradicional y su espíritu generoso, pero quizá no tanto una faceta destacada de la misma como es la de poeta festivo. Quienes le trataron en la intimidad han dejado explícitos testimonios, que ahora veremos, de su vena humorística. Obviamente, esta faceta del carácter de José María era algo disfrutado en la casa paterna desde siempre. Oigamos a su hermana Carlota: “José María era el más revoltoso de todos y el ojito derecho de mi madre, a la que traía en andas y volandas. Se fue pronto y cuando caía por casa era como si entrase el viento por todas las puertas y ventanas; pero un viento que a mi pobre madre la ponía como nueva...”. “José María era inquieto, travieso y burlón” —dice su hermano Baldomero en la biografía de los Carraffa— y añade que “tenía una vista prodigiosa para descubrir el lado cómico o ridículo de las cosas y una gracia extraordinario para ponerla de relieve”. Imitaba a cualquiera y “con una frase o un gesto retrataba a una persona”. Sobre esto abunda Cividanes, para quien su maestro “era un profundo observador psicólogo y hacía su conversación amena y divertida remediando a cualquiera o mirando las cosa por el lado ridículo”. De ello habla también su amigo José Ibarrola, y ambos coinciden en que nunca lo hacía con intención de herir a nadie ni tenía el propósito de mortificar, sino de que los ridiculizados se corrigiesen. Como al mismo tiempo era más bien tímido, habitualmente sólo en la intimidad dejaba fluir la vena satírica. En frase de Sánchez Rojas, José María “respetaba lo grande y se burlaba donosamente de lo mezquino y de lo pequeño”.

Claro es que esta faceta festiva habría de traducirse en sus poesías, y así fue en muchas de las que compuso en su juventud cuando, como hace notar Sánchez Rojas, “su musa no sabía ser grave, sino zumbona, y la sátira y el epigrama tentaban más su pluma retozona que el soneto y la elegía”. “Era muy burlón José María —añade—: zumbábale la risa por los cuatro costados y el mundo era, a sus ojos, un divertido y ameno espectáculo”.

De este carácter, que varía entre la ironía, el humor y la sátira podemos citar composiciones juveniles como *La aristocracia de mi lugar*, *El manifiesto electoral* y *Sermón perdido*, en las cuales pone en solfa a los políticos de la zona. Veamos algunas estrofas de esta última composición, alusiva a las elecciones municipales de su pueblo:

Al que aspire a presidente
atadle a lazada y nudos,
tumbadle, miradle el diente,
y si el diente es excelente...,
¡no votéis, que os come crudos!

Y gastrónomos de estos
Frades tiene en abundancia;
¡como que hay barriga rancia
que me huele a presupuestos
a dos leguas de distancia!

Por peonadas vecinales
—sin riñas ni disensiones—
sembrad nueve cebadales
para que los concejales
tomen “algo” en las sesiones.

Es bien conocida la afición cinegética del poeta. Pues bien, todas las poesías de caza que escribió, excepto *La Fuente Vaquera*, que es una tierna elegía, son de carácter festivo y en ellas el humor y la sátira se dan la mano en la descripción de lances de caza graciosos. De entre ellas destacan *A la muerte de mi burón*, *Las bahañas del Coral* y *¡Requiescat in pace! Recuerdos de una catástrofe*. A la última pertenecen estas estrofas de la caza de un jabalí:

Y en tanto Joaquín gritaba:
—Qué apunta usted don Acacio?
Y Acacio no contestaba
y decía muy despacio:
—¡A la una!— (y apuntó).
—¡A las dos ¡— se puso en pie.
—¡¡ A la tres!!— (y disparó)
¡¡¡ Y a las cuatro se le fue!!!

Es decir, que de repente
se levantó aquella fiera
y se fue tranquilamente
sin despedirse siquiera.

¡Concho! ¡Caramba! ¡Canastos!
¡Caracoles! ¡Zapatetas!
¡Por vida del as de bastos!
¡Mecachis en la escopeta!

(Estas palabras son mías
porque las que él pronunció,
ni debieron ser tan frías
ni aquí las escribo yo) etc.

Entre febrero y noviembre de 1896 publicó el poeta en el periódico *El Heraldo de Ávila*, hasta dieciocho composiciones, la mayor parte entre festivas y satíricas, retratando “a muchos tipos de Piedrahíta y examinando sus defectos” –como escribe Cividanes. Sabemos, no obstante, que algunas no cayeron bien a quienes se reconocieron en ellas.

También de estas épocas podemos citar dos poesías humorísticas, tituladas *Salud, ilustrado dómine* y *Mi enfermedad*, ambas escritas en esdrújulas. La primera tiene 218 versos y en ella toma, irónicamente, la defensa de un individuo pedante y fatuo. En *Mi enfermedad*, dedicada a su entonces novia, Desideria, describe con gracejo en 158 versos los síntomas que le producía su enamoramiento, y los remedios para su atajo. He aquí el tratamiento que finalmente propone el médico:

Yo sé por bueno orígenes
que usted allá, en tierras cálidas,
tiene relaciones íntimas
con una niña simpática.
¡Cátese usted con la sífide
de sus pasiones románticas,
y esas dolencias... la epístola
se encargará de curárselas,
pues hace prodigios mágicos
la medicina... eclesiástica!

Para algunos de sus alumnos de Piedrahíta, aparte poesías serias de intención educadora, escribió otras donde, con humor, expone los hábitos que deben corregir; de este género son los *Retratos* que hizo a Cividanes y a José de la Fuente, sus discípulos predilectos. Otras veces se trataba de coplillas cuyo fin era facilitarles el aprendizaje en la escuela; por ejemplo, ésta sobre las clases de vertebrados:

Al ver ciertos niños
me digo yo a veces:
mamíferos, aves,
reptiles y peces.

Más tarde, cuando su nombre empezó a ser conocido públicamente, el “formidable poeta satírico que en él dormía” según Sánchez Rojas, despertó sólo en contadas ocasiones, algunos versos y cartas a ciertos amigos. Podemos citar las composiciones *Los dichos de tío Fabián* y *¿Por qué?*, de humor puro. En otras aparecen rasgos irónicos o satíricos, como en *Sibarita*, *Varón*, y *Cara al cielo*. Recuérdese, por ejemplo, la famosa cuenta del “pi minus erre” de *Varón*, “un cuadro digno de Cervantes”, en opinión de Muiños.

* * *

El segundo punto que quiero tocar se refiere a las que llamo –sin saber bien por qué– “pequeñas poesías” de Gabriel y Galán. Me refiero a un grupo de composiciones sobre las que suele pasarse, casi sin parar mientes en ellas, cuando se tiene en las manos las Obras Completas del autor.

Y sin embargo, en mi opinión, forman una especie de cañamazo, de poco relumbrón si se quiere, pero que proporciona al conjunto de su obra poética, un valor añadido de muy deleitosa y elevada calidad literaria.

Tengo que confesar mi debilidad por este ramillete de poesías, entre las cuales pueden encajar las que Rogerio Sánchez califica de “prodigio de sinceridad, de sentimiento y honda ternura” y contraponen a las que denomina “eruditas”. Se trata de composiciones breves por lo común, de ambiente rural y escritas muchas de ellas en dialecto, que reflejan caracteres, costumbres o situaciones de la vida campesina. Es un género poético muy propio de Gabriel y Galán, que hunde sus raíces en el realismo popular, cuyo nombre más eminente es el del salmantino Juan de la Encina.

Se muestra aquí el estilo del poeta fresco, de admirable naturalidad, con una pintura de tipos y ambientes que son auténticos retratos. Es una poesía llena de verdad, sencilla, clara y directa, que rebosa sentimiento por los cuatro costados. Aparece en ella con toda nitidez esa característica de Gabriel y Galán, cuyos poemas suelen ser narrativos y explican algo que sucede en el pueblo. Cuanto ocurre en ellos –observa agudamente Arturo del Villar– es externo al poeta, aunque él entre a veces en el juego con un comentario; el poema no habla de sus amores, sino de los ajenos, como ajenas son igualmente las circunstancias que envuelven a la acción.

Se observa también en estas composiciones otra cualidad típica de la poesía galaniana, apuntada por Herrera Oria: la facilidad y valentía con que el poeta acomete los asuntos y pone en situación al lector desde el primer verso, sin necesidad de prólogos engorrosos ni explicaciones pueriles; esto, que es fácil en la lírica pura, no lo es tanto cuando se introduce alguna manera de acción, aunque sea rudimentaria. Paradigmas de ello son por ejemplo, *El embargo* y *La Galana*.

Este género de que hablamos tiene, naturalmente, menor pretensión poética que las obras grandes de su autor, pongo por caso *El Cristu benditu*, *El ama*, *El embargo*, *Canto al trabajo* o *Las sementeras*. Pero, ya lo he dicho, constituyen una urdimbre que sostiene sólidamente toda la mejor obra de su autor.

La relación que puede hacerse de estas poesías es algo muy subjetivo y los comentaristas que las citan bajo las denominaciones de poesía rústica, popular o costumbrista de Gabriel y Galán, no siempre coinciden. Por mi parte, aplicando un criterio pragmático, segrego de este grupo (al cual, de hecho, pertenece) a la composición *El embargo*, precisamente porque su calidad literaria excepcional así lo aconseja.

Yo citaré *Del viejo el consejo*, *La flor del espino*, *La balada de los tres*, *Idilio*, *Elegía*, *La ciega*, *¡Trisca, vaquerillo!*, *El ramo*, *Ganadero* y *¿Qué tendrá?*, entre las escritas en castellano; y entre las de habla dialectal, *Una nube*, *Bálsamo casero*, *Sibarita*, *El desahuciado*, *La embajadora*, *La gedihonda*, *El baño*, *El lobato y la borrega*, *Un don Juan*, *Cara al cielo* y *Los dos soles*. Veamos algunos ejemplos.

¿Recuerdan *Del viejo el consejo*? Una composición con un asunto simple, sencilla y humilde en sí misma que, sin embargo, raya en la perfección desde un punto de vista formal. Está escrita en cuartetas consonantes donde no falta ni sobra sílaba o acento, y donde no hay asomo de ripios ni redundancias. Así comienza.

Deja la charla, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,
y al mozo que está contigo
le está devorando el trigo
la yunta que ha abandonado.

De ella dice el ilustre erudito Luis Herrera que es “una sarta de perlas donde el aticismo corre parejas con la fluidez y galanura de las estrofas”, y añade: “¿Qué versificador, por atildado y escrupuloso que se le suponga, se avergonzaría de firmar las catorce redondillas en que está escrita?”.

Hay en este grupo cuatro composiciones castellanas aliñadas en romance, a cual más atractiva, que recuerdan los romancillos de Góngora, y no son menos airo-sas: así, *Elegía*, que narra en pentasílabos conmovedores la trágica muerte de una niña entre las fauces de un lobo.

¿Quién nunca ha visto
desdicha tanta?
¡La cabrerilla
de Casablanca
por fieros lobos
¡ay! devorada!
Sangre en las peñas,
sangre en las matas, etc...

Una atención especial le merecen a José María de Cossío *La balada de los tres* y *La flor del espino*; para él “acaso una sensibilidad refinada las pondría al frente de todas las que produjo su autor”. La primera describe en un cuadro delicioso la tristeza de mozos y mozas al acabarse las fiestas del lugar.

En *La flor del espino*, la de más tierno sentimiento, se traza un bellísimo canto al amor paternal y maternal. Comienza así:

El padre es un toscó
labriego fornido,
áspero y velludo
gigante bronceo.
La madre, una hembra
con hombrunos bríos,
desgarradas formas,
groseros aliños.
¡Y ved el misterio...!
La niña ha nacido
pequeñita y blanca
como flor de espino.

El cuarto romance, *Idilio* es “lindísimo”, en apreciación de Conrado Muñón. Pinta una delicada estampa pastoril de amores iniciáticos narrados bajo la metáfora del misterio de un capullo de amapola. He aquí algunos versos:

Ella ha juntado en el halda,
donde los tallos les corta,
un montón de bien cerrados
capullitos de amapola.
Sin romperlo, en sus dedillos
uno coge cuidadosa
y se lo muestra al muchacho
preguntando: —¿Fraile o monja?
Y esperando se le queda
¡más picaresca y más mona!
El capullo será fraile
si tiene rojas las hojas,
pero si las tiene blancas,
el capullo será monja.

En dialecto extremeño están escritas algunas de las poesías que bien pudieran constituir el cogollo del grupo que estamos considerando. Me refiero a *El desabuciado*, *Bálsamo casero*, *Una nube*, *Los dos soles*, *La embajadora* y *Cara al cielo*, entre otras. Veamos, a título de ejemplo, un fragmento de *Una nube*, composición que

plantea en versos heterosílabos asonantados el drama de unos novios a quienes obliga a aplazar la boda una tormenta veraniega que destroza la cosecha. Los parlamentos se desarrollan en dialecto y la parte descriptiva, en castellano. Para Muñón, la tempestad que en ella se pinta presenta “vigorosos rasgos virgilianos”. HeLa aquí:

¡La brisa...! ¡La brisa...!
 Una tarde radiante y serena
 sopló más caliente,
 sopló con más fuerza,
 humilló las espigas al suelo,
 revolió la tranquila alameda,
 levantó remolinos de polvo,
 trajo nubes negras
 que azotaron el suelo con gotas
 calientes y gruesas...
 Se pusieron los valles oscuros,
 se pusieron violáceas las sierras,
 y fatídica, ronca, iracunda,
 vengadora, cercana, tremenda,
 zumbó la amenaza,
 vibró la centella,
 que rayó con su látigo el vientre
 de la nube cargada de piedra...
 ¡Y la nube en los campos inermes
 derrumbó aquella carga siniestra...!

* * *

Fijémonos a continuación en el apartado de las poesías galanianas que hemos tachado de “descolocadas” dentro del conjunto de su obra. Son composiciones que, por uno u otro motivo, no “encajan” en el esquema mental y poético que podría suponerse habitual en el autor ni son fácilmente identificables con su estilo.

Ahora bien, aunque en términos generales podríamos considerar “intrusos” a estos poemas, mirados con lupa no dejarían de reconocerse en ellos, aunque borrosos, rasgos que permiten identificar el ADN poético del autor. La aparición de estas obras extrañas al resto, que constituyen como una especie de “salto genético” en la inspiración del poeta, seguramente ocurre en la obra de todo escritor. No me atrevería yo a dar con las claves que lo expliquen. Podríamos hablar –por decir algo– de un estado anímico ocasionalmente distinto, de una influencia circunstancial de otro autor, o de cualquier otra cosa, pero serían sólo conjeturas. Atengámonos pues al hecho, escaso en Gabriel y Galán, de los poemas “descolocados”.

Hemos considerado que a tal categoría pertenecen cuatro poemas. El primero, titulado *Año nuevo*, se publicó en *El Adelanto* de Salamanca el 1 de enero de

1904, pero fue escrito antes y no, en principio, para los periódicos. De él se ocupó Íscar años más tarde. “Esta poesía –dice– significaba, dentro de la obra total del poeta, una excepción extraña que desentonaba, en cuanto a la tendencia filosófica, de la orientación habitual en el cristianísimo poeta...”. Seguramente por consideraciones de este tipo, no se publicó con las obras del autor. Se trata, desde luego, de una alegoría amarga y pesimista del pueblo español, a través de un canto sombrío a la vejez del hombre y sus achaques. Comienza así:

Lloremos la vejez, que es impotencia,
tristeza y desaliento.

Lloremos la vejez, que es indigencia
ruina y acabamiento.

El pobre enfermo a quien las noches largas
recuerdan la agonía,
clama con voces de dolor amargas
“¡Si amaneciera el día...!”.

Y viene el día, y se ilumina el cielo,
y se orea el ambiente,
y pasa el sol, indiferente al duelo
del mísero yacente.

También el pueblo, que doliente yace,
sueña con tal engaño
cuando en el cielo de los tiempos nace
la aurora de otro año.

Una composición realmente insólita en un poeta nunca derrotista y pocas veces dado al pesimismo, y opuesta a su manera de pensar vital y providencialista. Está, sentencia Íscar, “como rozada de moral nietzscheana”. Creo que, en efecto, deja en el ánimo del lector una sensación de frío desconsuelo.

Distinto es el caso de *La presea*, cuya “descolocación” se debe a ser el único romance de moros escrito por Gabriel y Galán; aparece de repente, como flor exótica en el libro de *Campesinas*. Se trata, por otra parte, del único vestigio en nuestro poeta del fenecido romanticismo. *La presea* transmite una curiosa sensación de facilidad en el autor por la poesía legendaria y caballeresca. Veamos esto:

Cabe los muros se paran
de la mansión señorial,
dorada con oro viejo
del cielo crepuscular.

Alza don Diego los ojos
que avaros de luz están,
y déjalos casi ciegos
la luz de aquella beldad.

Tal como imagen hermosa
 compuesta en dorado altar,
 en un ajimez dorado
 la hermosa doncella está.

–¡En Baza está la presea!
 –gritó la dama al galán.
 Y así contestó el mancebo:
 –¡Y en Baza mi honor está!

Y saludando rendido,
 con apostura marcial,
 al frente de sus lanceros
 partió el gentil capitán.

A propósito de este poema, he aquí dos criterios diametralmente opuestos. Para Martín Alonso, *La presea* es un romance que hubieran firmado Zorrilla o el duque de Rivas, y en esta opinión abunda Herrera Oria. Un comentarista muy posterior, Arturo del Villar, señala que el romance está “lleno de tópicos y no tiene otro interés que el de ser una extrañeza en la obra tan equilibrada del salmantino”. A mí me parece bien escrito y que se lee con gusto. En cuanto a tópicos, desde el romancero clásico acá cualquier escrito de romances caballerescos tiene necesariamente que caer en ellos. En literatura, ya se sabe, *lo que no es tradición es plagio*.

Otra composición que puede considerarse insólita en la obra de Gabriel y Galán es la que lleva por título *Sortilegio*. En el polo opuesto de la anterior, esta poesía tiene un corte modernista, pero no es esto lo que la hace extraña (el poeta tiene cinco o seis composiciones modernistas), sino la temática que plantea y el carácter de los dos personajes que dialogan en ella: la perversa nigromántica y la desatinada celosa. Es un cuadro de brujas, sortilegios, salmodias diabólicas y aque-larres macabros, que desembocan en inevitable tragedia. Véase este pasaje:

Sobre el lecho de las agua espumantes
 la agorera traza el signo de la cábala
 murmurando la diabólica salmodia
 con horrendas, con sacrílegas palabras.
 ¡Aah... en las nieblas... ¡Aah... en la espuma...
 ¡Aah... en los aires... ¡Aah... en las aguas...
 ¡Aah... en las brumas... ¡Aah... en el tiempo...

¡Surge pronto! ¡Surge y habla!
 La agorera se detuvo contemplando
 la corriente de la linfa como extática.
 –¿No veis nada?– murmuraba la celosa.
 –¡No veo nada...! ¡No veo nada!

Este tipo literario hay que recalcarlo, está en las antípodas de la serenidad de espíritu habitual en Gabriel y Galán, y del realismo con que siempre asentó los pies sobre la hermana tierra, limpia y sin fantasmas.

Voy a referirme por último, a una composición, *El cantar de la chicharra* singular en la obra del poeta no por la temática, ni por el ideario; su rareza es simplemente morfológica y radica ni más ni menos, que en el metro y sobre todo en la rima en que está escrita. Aquí su autor transgrede un canon básico de la preceptiva literaria para escribir, en mi opinión, una de sus obras maestras. Utiliza dos series de tres versos octosílabos consonantes separados por dodecasílabos que riman entre sí. Tres rimas consonantes seguidas era algo nunca visto, salvo en los autores primitivos.

Evoca el poema la terrible calígene veraniega de las tierras de Extremadura con un *ritornello in crescendo* que acaba produciendo una autentica sensación de sofoco. Tiene también hechura modernista e impresionó a Gerardo Diego, poeta del 27, de quien transcribo este párrafo: “En la obra de Gabriel y Galán son particularmente felices los poemas que sin énfasis retórico, con humildad y delicadeza de toque que les otorga un precio muy subido, se despliegan en una armonía sucesiva acariciándonos al romper verso tras verso en la arena tibia de nuestra carne. Quizá nunca con más inspiración y maestría que en *El cantar de la chicharra*. Es admirable la suavísima gradación, el torneado avance de los versos con sus tres consonantes seguidos y el cierre anchuroso de los dodecasílabos. Aunque hay que leer todo el poema para dejarse ganar por la pereza, baste su comienzo y su fin”. Son estos:

Que se queman los lugares
 los azules olivares,
 los dormidos encinares,
 y las viñas y las mieses y los huertos,
 bajo el hálito encendido,
 que desciende desprendido
 como plomo derretido,
 de este sol abrasador de los desiertos.

Se han dormido las riberas
 y las gentes de las eras,
 y las moscas volanderas,
 y los flacos aguiluchos cazadores;
 se han dormido en la hondonada
 la pacífica yeguada,
 la doméstica boyada,
 los mastines, el rebaño y los pastores.

Y termina

¡Pero no, que el fuego es vida;
y bajo esta derretida
lumbre roja desprendida
de este sol abrasador de los desiertos,
vida incuban los lugares,
los azules olivares,
los dormidos encinares
y sus viñas, y sus mieses y sus huertos!

Y entre tanto, lira mía,
tú, con bárbara armonía
de chicharra, dile al día
los contrastes que me brinda la fortuna:
de mañana, brisa y parra;
en la siesta, la chicharra,
y a la noche, la guitarra,
las muchachas, los ensueños y la luna...

* * *

Para finalizar, voy a abordar un aspecto grato de la obra de Gabriel y Galán, el que mira a las figuras femeninas que en ella tienen un papel protagonista, e intentaremos acercarnos a su tipología. Necesario será dejar al margen mujeres como las que aparecen, por ejemplo, en *La jurdana*, *Lo inagotable*, *La presea*, *La ciega*, *Presagio*, y otras, que tienen menos relieve, y centrarnos en las que alguien ha denominado “figuras inolvidables” del mundo femenino de Gabriel y Galán.

Son ellas, *Teresa*, que corre hacia el barbecho; *Consuelo*, que atiende al consejo del viejo; *Isabel*, la espigadora; *Ana María*, la montaraza de Carrascal del Camino; la otra *Ana María*, la del poema inconcluso, y la *castellana*, de quien su marido quiere alejar la tristeza. Dejaremos al margen del grupo la arquetípica “sencilla labradora humilde” de *El ama*, cuya consideración no cabe en estas pocas líneas.

Como puede sospecharse, estas heroínas tienen rasgos comunes, pero también individualidad propia. Cuatro de ellas caminan a través de las quintillas, metro preferido del poeta cuando quiere presentar en tono ligero y desenfadado situaciones o personajes. *Consuelo* por su parte discurre por las redondillas, y *Teresa*, por las sextillas.

Son todas doncellas jóvenes, con excepción de la casada *castellana*, y de ellas el poeta describe los rasgos físicos imprescindibles en concordancia con la acción. Naturalmente, estos perfiles contribuyen a hacer atractivo el personaje. Así aparece *Teresa* yendo por el barbecho:

Y alegre y ligera vino
por ese mismo camino
que parte en dos el barbecho;
llevaba luz en los ojos,
risas en los labios rojos,
gozos en el alto pecho.

Sabemos de *Ana María*, la montaraza, que

No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino
moza como Ana María

que es “como una rosa del monte” y que

Hermosa sin los amaños
de enfermizas vanidades,
tiene unos ojos castaños
con un mirar sin engaños
que infunde tranquilidades.

Y además, que es “roja como una cereza y fresca como una fontana”. De *Isabel*, la espigadora, sabemos que es bella también y se nos habla de

...esa piel
que tiene jugo y frescura
de pétalos de clavel.

Cuando vuelva de espigar, adivina el poeta

Tendré que verte a la vuelta
cuando a tu pobre hogar vayas,
la trenza del jubón suelta,
rotas las pulidas sayas,
la cabellera revuelta,

con polvo y sudor pegado
sobre tus sienes el pelo,
y hundido el seno abultado, etc.

También de la otra *Ana María*, la del poema inacabado, sabemos que es “bella” y “hermosa”, pero ni el viejo que da consejos a *Consuelo* ha parado mientes en echarle piropos, ni el marido de la *castellana* atiende a algo que no sea a quitarle la tristeza.

El poeta no necesita más para que nos hagamos a la idea de que sus heroínas tienen las perfecciones físicas que la imaginación quiera sugerirnos; pero aunque fuéramos lerdos, no descendería él ni un escalón siquiera en la pulcritud descriptiva que le es habitual. Ni en las poesías donde el tema podría arroparlas –pongo por caso *El lobato y la borrega*– se complace en pintura alguna de carácter claramente sensualista. Tengo para mí, además, que ese estilo, hablando en términos generales, chirría un tanto en los engranajes de la poesía lírica.

Volvemos los ojos a la caracterización moral y psicológica de sus personajes femeninos. Así, las enamoradas *Consuelo y Teresa* y la *castellana* de la entristecida ternura.

En cuanto a *Ana María*, la montaraza,

No nace en tierra cristiana
flor silvestre más lozana,
ni hormiga más vividora,
ni moza más castellana,
ni mujer más labradora.

Sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar
y honesta para decir;

De *Isabel*, la espigadora pobre y honesta, canta el poeta:

...lo digo porque me suena
tu voz a salmo cristiano;
lo digo porque eres buena,
porque eres casta y serena
como noche de verano.

Y la madrugadora *Ana María*, trabajadora hasta sentir pequeño el día, es buena y alegre y tiene un alma noble y pura.

El poeta no sería quien es si no hiciera sobresalir con mayor relieve las virtudes de estos personajes que sus atractivos físicos: son mujeres honestas y trabajadoras, con un horizonte de amores castos y hogar cristiano. Así que el devenir de los acontecimientos que protagonizan, es claro y transparente, sin mácula que de ellas proceda. Los ideales femeninos del poeta pueden muy bien resumirse en los dos versos que dirige a una de ellas:

¡Virgen de bronce te quiero
mejor que Venus de nieve!

Ahora bien, las heroínas de Gabriel y Galán no son entes etéreos, como por ejemplo en Bécquer; son criaturas reales, casi telúricas, bien insertadas en el entorno rural y cuya existencia no se concibe sino en función del contexto que las sustenta: el barbecho a *Teresa*, la era a *Consuelo*, la alquería a las dos *Ana Marías*, la hoja de mies a *Isabel* y la patria chica a la *castellana*. (Apuntaré entre paréntesis que, como ustedes saben, las figuras del *Ama* y de la *montaraza* acompañan a la del poeta en el monumento que se le erigió en esta ciudad).

Creo que la lectura de las seis poesías donde brillan estos personajes femeninos, dejan en nuestro ánimo una sensación de suave nostalgia hacia ellos.